

EL INFORME DEL GENERAL ESCOBEDO.

III.

Creemos haber demostrado en el artículo anterior, que el general Escobedo no logró el primer objeto que se propuso en su informe, á saber, que son "enteramente inexactas" las narraciones que de veinte años á esta parte han venido haciéndose en algunas obras impresas, y por los reaccionarios de México, respecto de las operaciones emprendidas sobre la plaza de Querétaro y "sobre todo [palabras textuales del manifiesto] en lo que se refiere al motivo que originó la ocupación de aquella, pretendiéndose que á efecto de la intervención directa que el coronel Miguel López tomara en ello, traicionando á su soberano y vendiendo á peso de oro su consigna, la plaza cayera en poder del ejército mexicano." Y decimos que no se logró el primer objeto porque la revelación que hoy hace como cosa nueva el general Escobedo y ya la había hecho el coronel López en el folleto el 31 de Julio de 1867, después de fusilado Maximiliano, afirmando que éste lo había comisionado para que "con profunda reserva fuese el 14 de Mayo á solicitar se le concediera el permiso de salir con el regimiento de la Emperatriz y unas cuantas personas de su séquito;" aquella revelación prueba lo contrario de lo que el manifiesto se propuso pues siempre resulta que por la intervención que López tomó en ello, la plaza cayó en poder del ejército mexicano, ya fuese por traición directa ó por complicidad en esa infamia. De aquí aparece que no han sido ENTERAMENTE inexactas las narraciones de libros y reaccionarios.

Veamos ahora si el informe que examinamos prueba esta su segunda proposición: "El coronel imperialista Miguel López, aunque infidente para con la patria, ni traicionó al Archiduque Maximiliano de Austria, ni vendió por dinero su puesto de combate."

¿Cuáles son las pruebas en que se funda el concepto que atribuye á López la traición, entregando la plaza de Querétaro? Las hay de diverso origen y valor: unas provienen de documentos oficiales y testimonios de jefes republicanos; otras de afirmaciones de jefes y partidarios del Imperio, y otras, finalmente, son consecuencia lógica é ineludible de hechos anteriores y concomitantes á la ocupación de la plaza de Querétaro.

Para no malgastar el tiempo en raciocinios, cuando hay testimonios intachables que por sí solos deciden la cuestión, no aducimos la prueba que nace de la voz pública que ha corrido sin interrupción, en México y en el extranjero, en el dilatado espacio de veintidos años, aunque bastaría como criterio de verdad con el apóyo que tiene en hechos reconocidos por ambas partes.

La comunicación oficial remitida á Morelia por el general en jefe del ejército sitiador, al coronel Don Justo Mendoza, momentos después de ocupado el fuerte de la Cruz, comunicación que reprodujimos íntegra en nuestro primer artículo, afirma que EUÉ ENTREGADO "por el jefe que lo defendía," con dos batallones, artillería, etc., y este jefe era el coronel Miguel López, según consta en las siguientes palabras suyas, que se leen en el manifiesto á que nos referimos hace poco: "El punto militar de la Cruz estaba comprendido en la línea que se me había confiado." Si, pues, conforme al parte oficial el fuerte de que se trata fué "entregado" por el jefe á quien se le confiara, ¿qué nombre merece el que tal entrega hace, sin combate, sin la más ligera resistencia?....

Ante esta sola prueba, que confunde y anonada, no cabe explicación ni descargo alguno. Porque si fuera cierto que el coronel Miguel López había obrado con plena "inocencia" en obediencia á las órdenes de Maximiliano, no vemos razón alguna para que en el parte oficial se omitiera la circunstancia interesantísima, de gloria para el ocupante de la plaza y de mengua para el Emperador, de que éste, después de implorar humilde el "permiso" de fugarse, se habría rendido á discreción, sin contar para nada con sus tropas y jefes, á quienes entregaba maniatados en poder de su enemigo terrible. La súplica que, según el informe, se hizo al general Escobedo de guardar secreto acerca de la conferencia del 14 de Mayo, no fué anterior á la ocupación de Querétaro, único caso en que se explicaría el silencio del parte oficial en materia de tal trascendencia; esa súplica dice: el informe que la

hizo primero López el 24 de Mayo; es decir, nueve días después de la rendición; y luego la reiteró el Emperador en "visita particular" que le hizo el general Escobedo el 28 del mismo mes.

Acerca de esas súplicas de secreto y de esas "visitas particulares" nos ocuparemos en diverso artículo. Sigamos ahora con las pruebas de la traición. Preséntase desde luego un hecho muy significativo y sin explicación favorable. López, que como todos los jefes y oficiales que servían al Imperio, estaba bajo el anatema republicano y comprendido en la ley contra los "traidores" que á mano armada sostenían al "usurpador" gozó de plena libertad desde la ocupación del fuerte de la Cruz; y hasta obtuvo pasaporte del general en jefe para ir á México y Puebla á arreglar asuntos de familia, como dice el informe, y "carta de recomendación" para el señor general en jefe del ejército de Oriente."

¿Qué méritos había contraído repentinamente López para que así se le dejara viajar libremente y además se le «recomendase»? Fuera del que menciona el parte oficial, de haber «entregado» el fuerte de la Cruz, no se conoce otro alguno que lo hiciese acreedor á tan amplias franquicias y á tan eficaces recomendaciones.

En su manifiesto refiere lo siguiente el coronel Miguel López, como acaecido momentos después de la ocupación del fuerte de la Cruz:

«Ganar tiempo y avisar al Emperador para que se salvase, tal fué mi único pensamiento. Y lo puse en práctica. Me dirigí al Sr. general Vélez, manifestándole que era humanitario que ya no corriese sangre, rogándole me ayudara á evitar su derramamiento. «Con este pretexto alejé á su tropa, llevándola al panteón» y entretanto, con el teniente coronel Yabloski mandé avisar al Emperador nuestra situación y la urgencia de que se salvara. Ignoro por qué se demoró tanto como tardó en salir; pero su demora me tenía sin aliento y para darle tiempo de salvarse, yo tenía que seguir al lado de mis aprehensores, «divagando su atención.» Ya al amanecer se presentó Maximiliano con otras personas de su séquito, á quienes rodearon varios soldados, y yo aseguré que eran particulares y no militares, logrando de este modo que no fuese aprehendido, y rogué al teniente coronel Pradillo lo sacara por los taladros, horadaciones casi subterráneas, muy poco conocidas; más no se hizo así. El Emperador salió á pié, y ya en la calle, siguiendo siempre á mis aprehensores, aprovechaban

do «un momento de confusión» ocasionado por el fuego de los soldados republicanos que marchaban sobre San Francisco «me apoderé» de un mal caballo que ví sin ginete y corrí á alcanzar al desgraciado príncipe. Le rogué que se dejase guiar por un hombre de mi confianza que lo sacaría á caballo, que se dejase conducir á una casa para ser ocultado, y que de ella saldría en la noche; «más él se negó.» Insistí con un afán supremo, tomando una de sus manos: vaciló un instante; pero luego insistió en su negativa, mandándome que diese orden para que lo siguiesen las tropas al cerro de las Campanas, orden «que comuniqué» á cuantos oficiales ví mandando algunos piquetes. Esto pasaba frente al hotel del Aguila roja.

«Ya en calidad de prisionero suyo, pues no quise escaparme, no obstante que me era muy fácil, volví á solicitar para el Emperador garantías que no me fueron concedidas, y con el pretexto de evitar un derramamiento inútil de sangre, «logré entretener» al enemigo que ya iba ocupando algunos puntos dando así el tiempo necesario al Emperador para que se saliera de la Cruz, como lo verificó; y por eso tengo la conciencia de haberlo salvado. Si yo hubiera podido provocar el combate sangriento que se preparaba, si el fuego se hubiera empeñado de cualquier modo, estoy seguro de que Maximiliano en vez de atender á su salida, por más que se lo hubiéramos suplicado, se habría presentado en el lugar del combate, porque «era valiente por naturaleza;» porque quería «siempre participar» de los peligros de sus subordinados; porque era demasiado noble para pensar en su salvación cuando peligraba la de sus tropas.»

Conviene observar que en el párrafo precedente al que acabamos de transcribir refiere López que el 14 de Mayo en la noche estuvo hasta las doce con Maximiliano, y que al volver al punto de la Cruz se vió cercado por tropas y oficiales republicanos, pistola en mano, y que lo aprehendieron haciéndole saber que habían sorprendido la entrada al fuerte que ocupaba; noticia de estúpida superfluidad, puesto que López estaba presenciando la «sorpresa» y era «víctima» de ella.

Pero veamos si es verosímil ese intempestivo afán que asaltó al «prisionero» de salvar al Emperador. Conforme á las revelaciones «póstumas» del general Escobedo, pedidas con instancia por López en testimonio de verdad y de su inocencia; aquel jefe

imperialista salió de la plaza de Querétaro á las siete de la noche del 14 de Mayo y se presentó al general en jefe del ejército sitiador diciéndose comisionado por el Emperador para una conferencia secreta. En ella López fué por grados descendentes pidiendo primero que se diese "permiso" á Maximiliano para escaparse rumbo á Tuxpan ó Veracruz, permiso que no fué otorgado porque la orden terminante que de su gobierno tenía el general Escobedo era la de "no aceptar otro arreglo que no fuera la rendición de la plaza SIN CONDICIONES." Después de ese desaire, y de plática en plática, López aseguró que se le habían dado instrucciones de terminar el asunto de TODAS MANERAS, caso de encontrar resistencia obstinada por parte del general republicano, y lo terminó ofreciendo que á las tres de la mañana las fuerzas que defendían el panteón de la Cruz se reconcentrarían al convento del mismo y que haciendo "un esfuerzo cualquiera" se apoderaría de ese punto el general Escobedo. Este termina la revelación de la conferencia, con las siguientes palabras:

"López se retiró de la plaza llevando la noticia al Archiduque "de que á las tres de la mañana se ocuparía la Cruz, habiendo "ó no resistencia."

Así, pues, cuando López regresó á Querétaro iba ya con la certidumbre de que no había salvación posible, que la rendición era incondicional, y que el punto de la Cruz, que á las tres de la mañana estaría indefenso, sería ocupado, como llave de la plaza sitiada, por las tropas republicanas. ¿Cómo es que López no comunicó inmediatamente á Maximiliano "todo" el resultado de su comisión secreta, diciéndole, por ejemplo: señor todo se ha perdido incluso el honor? ¿Por qué esperó para intentar la salvación del príncipe hasta las tres de la mañana del 15 después de la ocupación de la Cruz y estando ya prisionero? Más inverosímil, si cabe, es la manera con que López refiere haber puesto en práctica sus tardíos y súbitos intentos de salvar al príncipe. Esa obediencia con que la tropa que mandaba el general Vélez en los momentos del "asalto" se alejó por indicación de López; esta prontitud con que dió órdenes el coronel Yobloski para que fuese á avisar al Emperador la gravedad de la situación y la urgencia de que se salvara, obteniendo el necesario permiso del jefe asaltante para desempeñar su encargo; esa confusión entre veteranos triunfantes, ocasionado por el fuego que hacían, y lo muy listo

que estuvo López para apoderarse de un mal caballo sin ginete, que del cielo se le vino á las manos, montar en él y correr "á alcanzar al desgraciado príncipe;" y esto sin que López que era ya "prisionero," fuese perseguido en su fuga por buenos ginetes y acribillado á balazos.....; todo ello, decimos, no puede entrar en tropel, ó poco á poco, ni aún por la ancha puerta de la más necia credulidad.

Con razón los jefes y oficiales imperialistas presos en la cárcel de Morelia contradijeron enérgicamente el manifiesto de López, y aquí entran ahora los testimonios adversos de sus mismos compañeros de armas, testigos presenciales, actores, mejor dicho, víctimas en la catástrofe.

López publicó su "defensa" el 31 de Julio de 1867, y su respuesta fué dada el 19 de Agosto del mismo año, bajo el título de "Refutación al folleto publicado por Miguel López con motivo de la ocupación de la plaza de Querétaro." Entre otros jefes, todos honorables y verídicos, que firman aquella refutación, figuran el entonces coronel D. Pedro A. González y hoy general en servicio activo, y el teniente coronel D. Agustín Pradillo, general ahora y gobernador del palacio nacional. Habla así este caballero en la "Refutación" á que aludimos, y cuyo testimonio invoca López apelando á su "proverbial veracidad."

"La primera noticia que el emperador tuvo de lo que ocurría la madrugada del 15 de Mayo, fué comunicada por su escribiente D. José L. Blasio y momentos después por mí, que lo hice, tan pronto como me hube satisfecho de que el enemigo había ocupado el edificio de la Cruz y tomado las ocho ó diez piezas de artillería que se encontraban en la plazuela. Convencido el emperador por mis noticias de que toda resistencia en la Cruz era imposible, pues le advertí que hasta la altura estaba ya ocupada por el enemigo, se decidió á salir á todo trance con el objeto de dirigirse al cerro de las Campanas. El emperador me dió una de sus pistolas, empuñando él la otra, y acompañado por mí y el coronel Salm, salió de su habitación, á la puerta de la cual nos dijo: salir de aquí ó morir, único camino."

.....
"Al llegar á la plazuela de la Cruz, ví á López en unión de muchos jefes y oficiales republicanos, montaba su caballo colorado, con el mismo equipo que acostumbraba usar y nada reve-

laba que se encontrase en la situación de prisionero: al pasar cerca de él, volvió la cara para no mirarme. Me parece inútil referir mi entrevista con el Sr. Escobedo, así como el resultado de mi misión. Para concluir voy á relatar un hecho que confirma el "infame proceder" de López. En una visita que los coroneles D. Pedro y D. José Rincón Gallardo hicieron al emperador en la prisión de la Cruz, le refirieron los pormenores respecto á la manera con que López había "entregado" su línea: esta conversación la escucharon también, el coronel Salm y D. Jesús Blasio. Apelo si fuere necesario á la conocida caballerosidad de los Sres. Rincón Gallardo."

"Aquí no podemos dispensarnos de hacer una pregunta: ¿qué especie de prisionero era López cuando según él mismo dice, unas veces, como en la huerta, alejaba al enemigo á su arbitrio durante horas enteras, y otras, como en el momento de hablar con el Emperador, ofrecía ir á procurar detenerlo?"

"El jefe de división de artillería D. Félix Becerra, comandante del parque general, refiere lo siguiente: Las muchas ocupaciones del servicio no me permitieron acostarme sino hasta las tres de la mañana del 15 de Mayo. Antes de las seis me despertó un fuerte ruido de pisadas, y ví que lo causaba una fuerza de infantería que entraba al corredor bajo del ex-convento de San Francisco, lugar en que se encontraba el parque general. Como estaba yo acostado en dicho corredor, conocí en el acto que la fuerza que entraba era el batallón enemigo de "Supremos Poderes" á cuya cabeza y sirviéndole de guía, descubrí al coronel López, quien gritaba: "pronto, á la torre, á la torre;" operación que ejecutó la tropa siguiendo el camino que les indicaba López. Apenas comenzaba á vestirme, cuando se me acercó un oficial del referido batallón preguntándome si era oficial; le contesté afirmativamente dándole mi nombre y empleo, y me exigió entonces que le entregase mi espada y le diera mi palabra de honor de permanecer allí como prisionero de guerra. Poco después salió López, y advirtiéndome que la fuerza de húsares se dirigía al centro de la población, estableció personalmente una línea de tiradores de infantería, interin otra tropa enemiga tomaba la retaguardia de dichos húsares, en cuyo momento les hizo echar pie á tierra, deponer las armas y quedar prisioneros. Esto pueden atestiguarlo el capitán Paulovski y teniente Kölig, de dicha fuerza."

Otro testimonio contra López, dado por uno de sus compañeros de armas en la plaza de Querétaro, es la siguiente carta:

"Un timbre que dice: "General Antonio Gayón."

"México, Septiembre 6 de 1887.

Sr. D. Gonzalo A. Esteva.

Presente.

Apreciabel amigo y señor:

Creo de mi deber contestar á la interpelación que "El Nacional" de hoy me dirige al tratar de la "traición" de Miguel López en Querétaro.

Es cierto que en los momentos en que el Emperador, acompañado de los generales Castillo y Salm Salm y el entonces coronel D. Agustín Pradillo, se presentó en el Cerro de las Campanas, de cuyo punto era yo el jefe, me dijo: "Coronel Gayón, aquí venimos á defendernos: MIGUEL LOPEZ HA ENTREGADO LA PLAZA, ES UN TRAIADOR."

Más aún. Poco ántes de la llegada del Emperador á que he hecho referencia; se me presentó el teniente coronel Juan Ramirez, comunicándome por orden del mismo Emperador: QUE TODO ESTUVIESE LISTO PORQUE LOPEZ NOS HABIA ENTREGADO AL ENEMIGO, Y QUE EL EMPERADOR VENIA YA EN CAMINO PARA EL CERRO.—Mi respuesta fué: «Diga vd. al Emperador que, como siempre, este punto está listo para toda emergencia.»

Lo expuesto es la verdad, que expreso á vd., y me repito su amigo y atento S. S.

ANTONIO GAYÓN.»

Por último, y con relación á testigos imperialistas, lease lo que sigue:

“Al conde Cárlos de Bombelles.

Viena.

México, Septiembre 4 de 1887.

Interesa á la honra del Emperador Maximiliano, atacada por Miguel López, que para su defensa sepamos si vd. recibió una carta de despedida del Emperador con fecha 16 de Julio de 1867 en Querétaro; en que dice: LA TRACION UNICAMENTE ME HA ENTREGADO A MIS ENEMIGOS. CONTESTE VD.—Francisco Kaska.—G. A. Esteva.”

Como se esperaba el conde de Bombelles contestó inmediatamente:

“Viena: 6 de Septiembre de 1887.

Dr. Kaska.

Gonzalo A. Esteva.

POSEO CARTA CONTENIENDO LO QUE VDES. PREGUNTAN.

Bombelles.”

Baste por hoy; en el siguiente artículo aduciremos el testimonio de varios jefes republicanos contra el coronel Miguel López.

(*LaVoz de México*, de 17 de Agosto de 1889.)

LA TOMA DE QUERETARO

NO HAY CONTRADICCIÓN ENTRE LAS PARTES QUE DE ELLA SE DIERON

Ofrecimos en nuestro número anterior, evidenciar que no hay contradicción alguna entre el parte oficial dirigido por el general Escobedo como general en jefe del ejército republicano al Secretario de Guerra, el 15 de Mayo de 1867, sobre la toma de Querétaro, y la exposición histórica del mismo hecho de armas elevada al Sr. Presidente de la República en 8 de Julio de 1887 por el mismo jefe con el caracter de General de División retirado. Pasamos á ocuparnos de dicha demostración, bastará para que ella sea plena, poner á la vista de nuestros lectores el primer documento en cuestión y los párrafos del segundo que al hecho de armas se refieren, compararlos con sereno é imparcial criterio y sacar la verdad que de la comparación se desprenda.

Pero veamos antes lo que en el tecnicismo militar significa “sorpresa.”

“Se entiende por sorpresa, una marcha nocturna ya sea forzada, mediana ó corta; pero en todo caso, cautelosa, precavida y oculta, para caer de improviso sobre el enemigo descuidado.”

Ahora bien: dijo el general Escobedo en 15 de Mayo de 1867:

“A las tres de la mañana de hoy, ha sido tomado POR SORPRESA el fuerte de la Cruz, puesto en desórden el enemigo, se concentró en el cerro de las Campanas, siendo batido en su retirada por nuestra artillería que aumentó el desórden.”

“La guarnición de la plaza fué hecha toda prisionera y tomado el material de guerra, rindiéndose á discreción Maximiliano con sus generales Castillo y Mejía.

“Sírvasse vd. dar cuenta al C. Presidente y felicitarle por este nuevo triunfo de las armas de la República.”

Dijo el mismo jefe republicano en su exposición de 8 de Ju-

TOMA DE QUERÉTARO.—6